



*Hernán Cortés y sus caballeros en la “Masacre” de Tabasco.  
Grabado histórico del siglo XIX*

# GUERRA, CAPITALISMO Y FASCISMO: DE FOUCAULT A ALLIEZ-LAZZARATO (I)

*“Esto significa que querer la paz sin abolir el capitalismo es un absurdo o una ingenuidad, porque el capitalismo no elimina la guerra, sino que la intensifica y la difunde socialmente como no lo ha hecho nunca ningún otro sistema económico y político”*

**Mauricio Lazzarato**

**Sergio de Zubiría Samper \***

El historiador inglés E. Hobsbawm dedicó en sus últimos años importantes reflexiones al problema general de la guerra y la naturaleza de los conflictos en el siglo XXI. Su colección de ensayos *“Guerra y paz en el Siglo XXI”* (2006) se convierten en fuente inspiradora para tematizar la cuestión de la guerra. Algunas de sus anticipaciones adquieren actualmente vigencia y pertinencia.

Tres tesis nos parecen relevantes para iniciar esta reflexión. La primera: podemos aventurarnos a la previsión del siglo XXI como una época en la cual la violencia armada continuará omnipresente como un mal endémico, epidémico por momentos, en gran parte del mundo, “queda lejos la idea de un siglo de paz” (Hobsbawm, 2006, p. 42). Mientras gran parte del pensamiento crítico contemporáneo abandona o subvalora la cuestión de la guerra, el historiador subraya su omnipresencia. La segunda: el uso y abuso de la fuerza militar por parte de los Estados Unidos evidencia la pérdida progresiva de hegemonía de esta superpotencia, especialmente, a partir de los atentados del septiembre de 2001. “Ha sido la política megalómana de los Estados Unidos a raíz de los atentados del 11 de septiembre lo que ha socavado, en gran medida, los pilares políticos e ideológicos de su antigua influencia hegemónica, dejando al país sin más instrumentos que una fuerza militar aterradora para consolidar la herencia del período posterior a la guerra fría” (Hobsbawm, 2006, p. 62). El declive de la hegemonía estadounidense y occidental tiene décadas, y, la priorización de caminos militaristas es una de sus manifestaciones. La tercera: la desintegración de la URSS y de los regímenes comunistas en Europa ha incrementado la inestabilidad internacional, como también las guerras transfronterizas y las intervenciones armadas a nivel planetario. Para el Instituto de Investigación para la Paz de Oslo el mundo actual es mucho más violento y fragmentado que en la denominada “guerra fría”; el año 2024 cerró con 61 conflictos en 36 países y territorios. Lo más preocupante es que la tendencia es a su incremento y expansión. Ha acaecido algo bastante preocupante en los albores del siglo XXI: “La gestión de la paz y de la guerra ha respondido a un plan improvisado” (Hobsbawm, 2006, p. 39).

---

\*. Sergio De Zubiría Samper. Profesor Titular Doctorado en Bioética, Universidad El Bosque. Presidente Fundación Walter Benjamin.

La mirada del historiador debe estar acompañada con algunas reflexiones desde el ámbito de la filosofía para problematizar a fondo la cuestión de la guerra. Consideramos que los aportes de M. Foucault y E. Alliez/M. Lazzarato pueden contribuir en esta tarea. El curso de Foucault “*Defender la Sociedad*” (1975 – 1976) y la obra colectiva de los filósofos “*Guerras y Capital. Una contrahistoria*” (2016), conforman un significativo punto de partida para pensar y comprender la naturaleza de las guerras contemporáneas.

El presente escrito intenta rodear las reflexiones y tesis principales de estos pensadores, siempre teniendo en el horizonte las interpelaciones y anticipaciones de E. Hobsbawm. En la primera parte esbozamos el contexto en que surge el “problema de la Guerra” en Foucault y sus principales búsquedas. La segunda expone algunas tesis centrales de Alliez/Lazzarato sobre las guerras y el capitalismo. La tercera introduce las conexiones entre fascismo, capitalismo y guerras analizadas por los filósofos examinados en este escrito. En esta entrega trabajaremos los dos primeros momentos y dedicaremos una parte posterior a sus reflexiones sobre el fascismo; una problemática urgente para el pensamiento crítico contemporáneo.

Consideramos que la tríada (guerra, capitalismo, fascismo) se convierte en fundamental para realizar un diagnóstico de nuestra época y que el pensamiento crítico debe centrar sus esfuerzos en develar sus interrelaciones y conexiones. Como también postulamos que existe cierta complementariedad en medio de las tensiones y diferencias entre Foucault y Alliez/Lazzarato. De forma anticipatoria, en la década del setenta del siglo XX, el filósofo francés otorga centralidad al “problema de la guerra” y sus consecuencias para el análisis de las relaciones de poder en las sociedades occidentales. Pensar la guerra se convierte en una tarea urgente del pensamiento crítico.

### **I. La estatización de la guerra y la discursividad de la “guerra perpetua”**

La preocupación del M. Foucault por el tema de la guerra es recurrente y existen algunos momentos de su biografía intelectual que lo constatan. Según Daniel Defert, entre 1967 y 1968, el filósofo leyó con dedicación a Trotsky, Guevara, Rosa Luxemburgo y Clausewitz. La clase del 10 de enero del curso de 1973 “*La sociedad punitiva*” estuvo dedicada a las relaciones entre guerra y dominación, en un diálogo crítico con T. Hobbes; pero, es buscando un modelo alternativo para comprender las relaciones del poder, que Foucault encuentra el “problema de la guerra” en su curso “*Defender la Sociedad*” (1975 – 1976). Es imperativo tomar distancia de los modelos de “soberanía” y “economicista” de analizar el poder: el primero, característico de los filósofos jurídicos del siglo XVIII, que articula el poder como un derecho originario que se cede y al contrato como la matriz del poder político, un esquema contrato/opresión sustentado en el “derecho natural”; el segundo, característico de ciertas visiones del marxismo, que le otorgan al poder una “funcionalidad económica”, adjudicándole como finalidad mantener las relaciones de producción y la dominación de clase, un poder político centrado exclusivamente en la economía.

En este distanciamiento reflexivo emerge la hipótesis del combate, el enfrentamiento o la guerra y paralelamente la inversión de la proposición de Clausewitz (para Foucault existen pensadores que

Consideramos que la tríada (guerra, capitalismo, fascismo) se convierte en fundamental para realizar un diagnóstico de nuestra época y que el pensamiento crítico debe centrar sus esfuerzos en develar sus interrelaciones y conexiones.

la anteceden), afirmando que la guerra es la continuación de la política por otros medios. La emergencia de la guerra y la inversión del aforismo significan tres profundos desplazamientos. En primer lugar: las relaciones de poder tienen su anclaje en relaciones de fuerza históricamente condicionadas en la guerra y por la guerra; el papel del poder político es reinscribir perpetuamente esas relaciones de fuerza por medio de una guerra silenciosa en las instituciones, el lenguaje, las desigualdades económicas y en los cuerpos. En segundo lugar: dentro de la denominada “paz civil” o pacificación el sistema político debe interpretarse como “secuelas de la guerra”; todo lo acaecido son episodios y desplazamientos de la guerra misma. En tercer lugar: la decisión final solo puede provenir de la guerra en que las armas serán jueces; el fin de lo político es el ejercicio del poder como guerra continua. “el fondo de la relación de poder es el enfrentamiento belicoso de fuerzas, hipótesis que llamaría, también en este caso por comodidad, hipótesis de Nietzsche” (Foucault, 2000, p. 30).

En las sociedades occidentales, que conforma el contexto de las investigaciones de Foucault, surge en los siglos XVII y XVIII, un discurso histórico de lucha y guerra de “razas”. A partir de mediados del siglo XVIII esta discursividad se expande en diversos grupos sociales y bandos hasta convertirse en una especie de generalización táctica para la lucha social y política. Para el filósofo francés es el “primer discurso exclusivamente histórico político de Occidente” (Foucault, 2000, p. 62), una especie de discurso “historia batalla”, en oposición al discurso clásico de la filosofía jurídica moderna (Maquiavelo, Hobbes, Kant); una discursividad que le adjudica a la guerra la condición de “relación social permanente” y concibe la política como “guerra continua”.

En sus inicios la categoría de “raza” no tenía connotación biológica, sino que constituía una herramienta de “inteligibilidad histórica” usada por grupos sociales concretos para comprender y valorar su historia. En sus orígenes esa discursividad tenía tres rasgos: (a) Binaria: designa dos grupos enfrentados que coexisten en un mismo territorio, pero tienen orígenes, leyes y lenguas distintas; (b) Oposición: en general un discurso utilizado por grupos que reclaman derechos y denuncian las injusticias; hace parte de una “doble impugnación” de poder real, tanto popular como aristocrática; (c) Guerra como fondo: el discurso de “razas” devela que la paz es simplemente una fachada para ocultar la dominación de un grupo sobre otro. Así lo utilizaron los *Levellers* (Niveladores) y J. Lilburne o E. Coke en el contexto inglés; como

también ciertos sectores de la nobleza francesa en su lucha contra el absolutismo de Luis XIV, como H. Boulainvillier o N. Freret.

Cuando la guerra fue expulsada a los límites del Estado, centralizada a la vez en su práctica y rechazada a su frontera, apareció cierto discurso: un discurso extraño, novedoso. Novedoso, en primer lugar, porque creo que fue el primer discurso histórico político sobre la sociedad y resultó muy diferente del discurso filosófico jurídico que solía tener vigencia hasta entonces. Y ese discurso histórico político que aparece en este momento es al mismo tiempo un discurso sobre la guerra entendida como una relación social permanente, como fondo imborrable de todas las relaciones y todas las instituciones de poder (Foucault, 2000, p. 54).

Para Foucault, este discurso de lucha y guerra de “razas” surge en las condiciones de la construcción de los Estados Nación modernos, pero es contrario y diferente a las explicaciones de la teoría filosófica jurídica tradicional. No parte ni de la “soberanía” ni del “contrato”, ni de un supuesto “derecho natural”, sino del horizonte de la guerra y es un nítido discurso histórico político. La guerra precedió el nacimiento del Estado Nación, porque todas las leyes y los Estados emergen de las batallas, las masacres, las guerras. Además, la ley no es la pacificación porque debajo de ella la guerra continúa. Las guerras son el motor de las instituciones y el orden; siempre hay que descifrar las guerras debajo de la llamada “pacificación”. Por tanto, nunca la guerra estará conjurada. “La paz hace sordamente la guerra hasta en el más mínimo de los engranajes” (Foucault, 2000, p. 55). Esa verdad tenebrosa bellamente descrita en la obra *1984* de George Orwell: “La guerra es la paz” (Orwell, p. 213.)

La teoría de la “guerra de razas”, en los inicios del siglo XIX, experimenta un despliegue histórico en una doble transcripción, especialmente con el historiador francés Augustin Thierry (1795 – 1856). Por un lado, una transcripción “biológica” (anterior a Darwin), que apoyándose en una anatomofisiología materialista postula el sentido biológico de las razas. De forma muy “ambigua” culmina articulándose con las nacionalidades de Europa, la lucha de éstas contra los Estados y la política de colonización europea. Por otro lado, una transcripción en clave de “guerra social,” que tenderá a borrar las huellas del conflicto de raza privilegiando la noción de “clases”. Foucault, en este curso, dedicará importantes esfuerzos a comprender el desarrollo histórico de la primera transcripción: las transmutaciones hacia un “racismo biológico social” y la aparición del “racismo de Estado” en el siglo XX. La problemática (“racismo de Estado”) que nos aproxima al fascismo y que desarrollaremos en nuestra segunda entrega.

La transcripción “biológica” introduce un nuevo dispositivo que lo diferencia de la “guerra de razas” anterior: la otra raza no es la que vino de otra parte, o la que triunfó en el tiempo, sino aquella que se infiltra permanentemente en el cuerpo social; lo que vemos como binario o polaridad no es el enfrentamiento de dos razas exteriores, ahora es el desdoblamiento de una única raza en una “super raza” y una “subraza”. Emerge, en este momento, un discurso de un combate que no debe librarse entre dos razas, sino a partir de una raza calificada como verdadera y única, la cual posee el poder y la normatividad para ejercerlo contra todos aquellos peligrosos para el “patrimonio biológico”. Están dadas las condiciones de posibilidad para discursos biológico-racistas sobre la normalización, la degeneración, la segregación y la eliminación de los peligrosos o anormales.

A partir de ahí, el discurso cuya historia quería hacer abandonará la formulación fundamental del comienzo, que era esta: “Tenemos que defendernos de nuestros enemigos porque en realidad los aparatos del Estado, la ley, las estructuras del poder no sólo no nos defienden de ellos, sino que son instrumentos mediante los cuales nuestros enemigos nos persiguen y nos someten”. Ahora ese discurso va a desaparecer. No será: “Tenemos que defendernos contra la sociedad”, sino: “Tenemos que defender la sociedad contra todos los peligros biológicos de otra raza, de esta subraza, de esta contrarraza, que, a disgusto, estamos construyendo”. En ese momento, la temática racista no aparecerá como instrumento de lucha de un grupo social contra otro, sino servirá a la estrategia global de los conservadurismos sociales (Foucault, 2000, p. 65).

Adquiere un sentido profundo el título del curso de Foucault: “*Defender la sociedad*”. En este momento histórico surge un discurso que abre los senderos del racismo biológico, el racismo de Estado y el fascismo. Ya no se trata de defender a los individuos de los abusos del poder del Estado o de poderes de terceros hipostasiados (el mercado, los medios, el derecho y sus instituciones, el partido, etc.), sino de preparar a toda la sociedad para defenderse de las sub-razas, los anormales, los peligrosos, los degenerados, los locos, los terroristas, los supuestamente inferiores, etc. Resuenan los ecos de las tesis del historiador E. Hobsbawm, la línea divisoria entre “estado de guerra” y “estado de paz”, como entre conflictos nacionales e internacionales se hace cada vez más difusa en la historia occidental. Como lo señalamos anteriormente: queda lejos la idea de algún siglo de paz; tampoco lo será el siglo XXI.

Investigando las relaciones de poder y buscando un modelo alternativo a la soberanía o el economicismo, Foucault recupera el “problema de la guerra”. Explora, en las sociedades occidentales, el nacimiento de una discursividad histórico-política al calor de las luchas por la formación del Estado nación moderno que establece una estrecha relación entre la guerra y la sociedad: la “guerra de razas”. Analiza la estatización de la guerra y su conversión en guerra perpetua. Un discurso muy diferente del discurso filosófico jurídico, siempre atado a la soberanía, postulando la guerra como horizonte constitutivo de todas las instituciones de poder. Reconstruye las transformaciones de ese discurso en los siglos XVIII hasta el siglo XX en sus manifestaciones de racismo biológico, racismo de Estado y el fascismo.

## **II. Guerras, capitalismo y colonialismo**

La obra de Alliez y Lazzarato, “Guerras y Capital” (2016), califica las investigaciones de Foucault como un “trabajo irremplazable” (p. 83), pero también toma distancia de este autor en varios puntos nodales de sus aproximaciones. Destacamos cuatro ámbitos de distanciamiento. El primero, su genealogía de la “guerra de razas” tiende a ser “eurocentrada” y en algunos momentos “británico-centrada”, al otorgarle a las revoluciones inglesas un papel determinante en su conformación, pero, ante todo, desconoce la función del “Nuevo Mundo” en el afianzamiento de estas narrativas discursivas racistas y raciales.

El segundo, pasar por alto o no establecer las conexiones necesarias entre guerras, capitalismo e imperialismo. Tercero, la condición “eurocentrada” de sus investigaciones debilita la relevancia del colonialismo y los procesos de esclavización en la historia occidental. Cuarto, sus silencios sobre la sangrienta “caza de Brujas”, la “guerra contra las mujeres” y la escasa atención a los fenómenos de la “reproducción”. Cuatro problemáticas muy relevantes para comprender la naturaleza de las guerras contemporáneas.

Las guerras de conquista y la depredación del Nuevo Mundo son componentes centrales del nacimiento y desarrollo del capitalismo; son los acontecimientos que posibilitan la acumulación de poder y de riqueza por parte de los Estados europeos.

Las premisas para comprender la problemática de la guerra son de raigambre marxista y centrales en la historia del capitalismo. La primera premisa: para repensar toda la historia del capitalismo es obligatorio entablar una relación estrecha entre la “forma más desterritorializada del capital, el dinero, y la forma más desterritorializante de la soberanía, la guerra” (Alliez y Lazzarato, 2021, p. 50). La moneda, la guerra y el Estado están en el corazón de todos los dispositivos de poder del capitalismo.

El propio Foucault en su ensayo “*Nietzsche, la genealogía y la historia*” (1971) postula como el uso de la institución de la moneda en la Grecia Antigua representa un desplazamiento hacia un nuevo tipo de poder; hace parte de una nueva máquina de guerra. La segunda premisa: la “acumulación originaria” del capítulo XXIV de *El Capital* no está sólo en la “prehistoria” del capitalismo, sino que es continua y permanente en las guerras capitalistas hasta hoy. Marx describe nítidamente en esta sección el encuentro de esas dos potencias que engendraron el capitalismo: por un lado, las guerras de conquista, la violencia de las invasiones y masacres, los genocidios de los pueblos originarios, el robo de las tierras del Nuevo Mundo; por otro lado, el endeudamiento, la deuda, el crédito de los Estados europeos para financiar las guerras coloniales.

De modo que la acumulación originaria y sus fuerzas telúricas de desterritorialización no dejan de repetirse y diferenciarse para continuar de una mejor manera - acelerando tanto como sea posible- el proceso de dominación y de mercantilización de todo lo existente. Dicho de otro modo: *tanto en el centro como en la periferia*, la acumulación originaria es la creación continua del capitalismo mismo. (Alliez y Lazzarato, 2021, p. 60).

Dotados de estas dos premisas, que constituyen los dos primeros capítulos de “*Guerras y capital*”, podemos comprender las conexiones entre guerras, capitalismo y colonialismo, como también desplazarnos más allá de las cuatro limitaciones de la discursividad foucaultiana. Para Alliez-Lazzarato, la moneda en manos del Estado, en cada fase de acumulación capitalista, se convierte en la “reproducción ampliada” de las posiciones de poder en la sociedad y es la continuación de la guerra civil por otros medios; la moneda asegura el mantenimiento de la dominación de clase como expresión de esa máquina de guerra que articula el Estado, la moneda y el capital. “Si el dinero no es sostenido por un flujo de poder estratégico, que encuentra en la guerra su forma absoluta, pierde parte de su valor como capital” (Alliez y Lazzarato, 2021, p. 58). Para estos dos

investigadores, lo que Marx denominó “acumulación originaria” tiene lugar al mismo tiempo en el “Nuevo Mundo” y en Europa; son dos procesos paralelos de colonización y la fecha de 1492 es fundamental. Plantean llamar a la primera “colonización externa” (América) y “colonización interna” (Europa). Esta doble colonización o “acumulación originaria” crea las condiciones económicas del capitalismo, la división internacional del trabajo, el reparto geopolítico del mundo e instauration de las jerarquías de sexo, raza, edades y civilizaciones sobre las que se apoya la dominación de clase en el capitalismo.

Nosotros consideramos que la acumulación originaria constituye una condición de existencia que acompaña sistemáticamente el desarrollo del capital, de modo que, si esta se mantiene en todas las guerras de clase, de raza, de sexo, de subjetividad, no tiene fin. La conjunción de estas últimas y, en particular, de las guerras contra los pobres y las mujeres en la colonización interna de Europa, y de las guerras contra los pueblos “originarios” en la colonización externa, que se despliegan en la acumulación “originaria” precede y hace posibles las “luchas de clases” de los siglos XIX y XX al proyectarlas en una guerra común contra la pacificación productiva. La pacificación obtenida por todos los medios (“sangrientos” y “no sangrientos”) es el objetivo de la guerra del capital como relación social (Alliez y Lazzarato, 2021, p. 34).

La anterior toma de posición evidencia los desplazamientos y distanciamientos con Foucault. Frente a su discurso eurocentrado, el debilitamiento del papel del capitalismo en la génesis de las “razas”, los silencios sobre el colonialismo y la esclavización, las guerras contra las mujeres, Alliez-Lazzarato acentúan la necesidad de tematizarlos para comprender las lógicas de las guerras contemporáneas. Hay que reactivar aquellas problemáticas donde Foucault se detiene.

Aquel discurso foucaultiano “eurocentrado” sobre la genealogía de la “guerra de razas” es problemático y reduce las posibilidades de analizar las relaciones de poder en el capitalismo emergente que paralelamente nace en ambos lados del Atlántico. Las guerras de conquista y la depredación del Nuevo Mundo son componentes centrales del nacimiento y desarrollo del capitalismo; son los acontecimientos que posibilitan la acumulación de poder y de riqueza por parte de los Estados europeos. El debilitamiento del papel del capitalismo en el despliegue de las guerras permanentes debe ser compensado con las investigaciones sobre la economía-mundo de historiadores como F. Braudel e I. Wallerstein, quienes relacionan el nexo directo entre las guerras, el capitalismo naciente y el colonialismo. Según Braudel, la guerra renovada por la técnica, desde el siglo XVI, contribuye a la instalación acelerada del capitalismo; para Wallerstein, también desde ese siglo, la guerra al mismo tiempo es una reserva de empleo para los pobres y una fuerza productiva para estimular el crédito, como lo hacían los empresarios militares. Para estos historiadores, la economía-mundo es el escenario central para el despliegue de las guerras constitutivas del Estado capitalista naciente. También es ineludible analizar el fenómeno del imperialismo, que la discursividad foucaultiana oscurece o invisibiliza. Rendir homenaje a dos grandes pensadoras del imperialismo y del totalitarismo: Rosa Luxemburgo y Hannah Arendt.

Probablemente, Rosa Luxemburgo fue la primera en concebir la acumulación originaria como un fenómeno menos “histórico” que contemporáneo del capitalismo que continúa en el siglo XX bajo su forma imperialista. Si la acumulación no deja de producirse y de reproducirse, sin embargo, solo concierne al “afuera” del capitalismo industrial y se ejerce

en la periferia, presa de la violencia de la anexión de nuevos territorios. (Alliez y Lazzarato, 2021, p. 96).

Es también, H. Arendt, la filósofa que “sin ser marxista” (Alliez y Lazzarato, 2021, p. 99), en sus investigaciones sobre el totalitarismo y su balance del imperialismo, quien revela la hegemonía del capital financiero en la fase imperialista de acumulación. Un marco “eurocentrado” impide comprender las conexiones entre el capitalismo naciente, el colonialismo, el imperialismo y la economía-mundo. Una limitación profunda en la perspectiva de Foucault sobre la guerra. Pero también, surge la sospecha, planteada por el historiador Hobsbawm, que persistir en estos enfoques “eurocentrados” es un mecanismo de defensa ante la pérdida de hegemonía de la cultura occidental en el siglo XXI.

El silencio respecto al fenómeno de la esclavización en Foucault exige reconocer como las políticas sobre “racismo”, en los siglos XVII y XVIII, no conciernen solo a Europa, como parece sugerir el filósofo francés, sino necesariamente a las colonias y los fenómenos de esclavización. Tener en cuenta la tesis de Eric Williams en su texto “Capitalismo y esclavitud” (1968), quien plantea que la esclavitud no nació del racismo, sino que el racismo fue la consecuencia de la esclavitud; como también su sugestiva tesis sobre situar la esencia del mercantilismo en la esclavitud.

Muy temprano, en las colonias españolas, durante los años 1540, “la raza” fue instaurada como un factor clave en la transmisión de propiedad y se puso en funcionamiento una jerarquía para separar indígenas, mestizos y mulatos, y la propia población blanca. El Estado francés, por su parte, le dará un marco “jurídico” a las guerras de razas con el Código Negro (1685) y el Código del Indigenado (1881) (Alliez y Lazzarato, 2021, p. 91).

Es imposible pasar por alto la dimensión geopolítica extraeuropea del colonialismo y la esclavización. La ausencia en la trama foucaultiana de la sangrienta “caza de brujas” y la “guerra contra las mujeres” convierte su análisis del poder en una “abstracción discursiva”. Para estudiosas feministas, como Silvia Federici, el desinterés por la cuestión de la “reproducción”, el disciplinamiento de las mujeres como técnica de poder y las importantes resistencias, cuestionan de fondo la discursividad de Foucault. Las “guerras contra las mujeres”, su reducción a mera “existencia biológica”, son dispositivos privilegiados para comprender la naturaleza de todas las guerras y la continuación de la guerra por todos los medios. Para Federici, el nacimiento del capitalismo, además de ser una “guerra contra los pobres”, siempre se acompaña de una guerra frontal “contra las mujeres”.

El envejecimiento y la demonización de la mujer (“casada con el diablo”), la destrucción de los saberes de los que era depositaria, la criminalización de la anticoncepción y de las prácticas “mágicas” de sanación privan a las mujeres del control sobre sus cuerpos, que se transforman en propiedad de los hombres garantizada por el Estado y, al mismo tiempo, participan en la incorporación de la población al trabajo. De esta forma se definen las condiciones de la asignación de las mujeres al trabajo de reproducción biológica, económica y “afectiva” de la fuerza de trabajo. (Alliez y Lazzarato, 2021, p. 64).

Logrando desprenderse de los campos “eurocentrados” de la discursividad y subrayando la interrelación entre guerras, capitalismo y colonialismo, se hace necesaria una periodización y caracterización de las guerras capitalistas históricas para Alliez-Lazzarato. Tarea importante y compleja. La periodización propuesta se acerca a estas etapas: guerras napoleónicas (1803 – 1815); nuevas guerras coloniales (1830 – 1871); guerras imperialistas (1872 – 1914); guerras totales (1914 – 1945); guerra fría (1945 – 1991). Existiendo, como en los procesos históricos, rasgos de continuidad y discontinuidad en las relaciones guerra, moneda y capital. Para los investigadores nos encontramos en las “guerras fractales del capital” y dedican el último capítulo de *“Guerras y capital”* a descifrar su naturaleza.

Algunos de las características de las “guerras fractales” contemporáneas son las siguientes: (a) La subordinación absoluta de la guerra y el Estado al capital financiero; el poder ejecutivo no proviene ni de la voluntad del pueblo, ni de la nación, ni del Estado, sino de las instituciones financieras ; (b) El objetivo de la guerra es la producción y reproducción ampliada de las divisiones de clases, de sexo, de raza, de subjetividad de la población; se trata del paradigma de “guerras dentro de las poblaciones” a través de nuevas formas de militarización y concentración del poder, que organizan esa multiplicidad de guerras para la securización del capital; (c) La nueva máquina de guerra del capital implica la imbricación del poder civil y el poder militar, de la guerra y la política que las convierte en indiscernibles, como también privilegia el poder ejecutivo en detrimento del poder legislativo y judicial; (d) Son simultáneamente “fractales” y “transversales”: fractal porque produce indefinidamente cambios constantes de escala (irregularidades y quiebres a diferentes escalas de la realidad) y transversal porque se despliega de manera simultánea a nivel macropolítico (usando posiciones duales como clases sociales, blancos y no blancos, hombre y mujeres) y micropolítico (niveles moleculares, cuerpos, singularidades). La “fractalidad” y “transversalidad” de las guerras capitalistas contemporáneas podría ser interpretado en las claves de Hobsbawm, como ecos de inflexión de la “guerra fría”: el colapso de la Unión Soviética ha potenciado la experiencia de la imprevisibilidad y la incertidumbre.

La noción de “guerras fractales” se aproxima a la caracterización de la investigadora mexicana A. E. Ceceña (2024) de las guerras contemporáneas como “polivalentes” y “confusas” hacia un abanico de guerras difíciles de clasificar, como guerras por territorios, por recursos, étnicas, mercenarias, tecnológicas, convencionales, proxy, no kinésicas, financieras, sanitarias, narrativas, etc. También, las recientes columnas del filósofo colombiano G. Libreros (2026), en *Rebelión*, quien resignifica, de forma bastante original, la noción de “guerras fractales” para comprender la actual fase del conflicto armado colombiano como una redistribución funcional en múltiples escalas hacia una “paz condicionada” o “reversible”.

La obra *“Guerras y capital”* constituye un diálogo intenso con el “trabajo irremplazable” de M. Foucault. Hemos ubicado algunas de sus distancias críticas y recuperado la urgencia de comprender las guerras en la perspectiva de las relaciones con el capitalismo y el colonialismo. También, nos hemos asomado a una posible periodización de las guerras en la historia del capitalismo y la sugerente caracterización de las guerras contemporáneas como fractales y transversales en las investigaciones de Alliez-Lazzarato. Nuestro próximo escrito intentará explorar los análisis sobre la problemática del fascismo y neofascismo en estos filósofos.

## Referencias

- Alliez, E. y Lazzarato, M. (2021). *Guerras y capital. Una contrahistoria*. Tinta Limón Editorial.
- Ceceña, A. E. Los nudos geopolíticos y el genocidio en Gaza; en Arreaza, J. y Caruci, N. (2024). *El imperialismo al desnudo*. Caracas. Alba TCP.
- Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de Sueños.
- Foucault, M. (2000). *Defender la sociedad*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2004). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Pre-Textos.
- Foucault, M. (2005). *El poder psiquiátrico*. Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, E. (2000). Entrevista sobre el siglo XXI. *Crítica*.
- Hobsbawm, E. (2007). *Guerra y paz en el siglo XXI*. *Crítica*.
- Lazzarato, M. (2022). *Guerra o revolución. Porque la paz no es una alternativa*. Tinta Limón Editorial.
- Libreros, G. (2026). “El continuum bélico del capitalismo: una lectura desde Lazzarato y Alliez”. *Rebelión*. Recuperado de [Texto](#)
- Orwell, G. (2013). \*1984\*. Penguin Grupo Editorial.
- Sánchez, N. (Ed.). (2006). *La guerra*. Pre-Textos.